

Entre Río y México. Sus últimos cuatro años

May Lorenzo Alcalá

La muerte de Manuel Puig representó, para mí, el destete definitivo; el momento en que perdí la omnipotencia de la juventud y me enfrenté a la inexorabilidad de mi propia muerte. Desde que tiene conciencia, el ser humano se prepara para la pérdida de los padres porque es la ley de la vida; en cambio, el fallecimiento de un amigo funciona como un espejo macabro. Pero no iba a entender algo tan evidente hasta después de algún tiempo: ese 22 de julio de 1990, domingo, sólo percibiría que estaba sola en mi departamento de Ipanema y que me había quedado un poco más sola en la vida, ya que Manuel fue la promesa de un amigo que me duró muy poco.

Encuentro con vídeo

Cuando llegué a Río, en diciembre de 1986, él estaba en la cumbre de su fama. Además de la altura de la cima, se interponía entre Manuel y yo una ambigua fama de paranoico-ermitaño, que usaba en su provecho para eximirse de obligaciones o personas indeseables. Y digo ambigua, porque Manuel Puig era tremendamente comunicativo, afectuoso y solidario, si uno aprendía a transitar sin desviaciones por los caminos que él señalizaba.

A los dos o tres meses de llegar, la suerte iba a ayudarme en el acercamiento. A instancias de un funcionario del Consulado, Manuel me llamó para pedirme que le habilitara el uso del correo diplomático; Carlos, su hermano, debía mandarle unos medicamentos desde Buenos Aires. Nuestra primera conversación fue la de dos viejos conocidos: había suficientes lazos personales e intelectuales entre nosotros, como para pasar por alto el detalle fáctico de no haber tenido, previamente, contacto directo.

Aquellas medicinas de Male, su madre, iniciaron una relación que, poco a poco, se fue convirtiendo en una amistad entrañable. Un día Manuel me llamó para invitarme a compartir una de las famosas –pero recónditas– sesiones de vídeo. Me preguntó, solícito «¿qué querés ver?» Como la película era lo de menos, le respondí automáticamente: «una de Greta... la primera hablada». Su repregunta fue, a pesar del tono seductor que utilizaba,

absolutamente contundente: «¿quierés la versión americana o la alemana?» Su videoteca era tan descomunal y sofisticada que podía permitirse sutilezas tales como las dos versiones de *Anna Christie* que, al mismo tiempo pero con diferentes actores, director, vestuario y escenografía, filmó la Garbo para ambos mercados.

Así comenzaron las sesiones semanales que compartí con Manuel y Male mientras vivieron en Río. Como las sabía un privilegio, pasaba por alto las pequeñas incomodidades que resultaban de las manías de madre e hijo. Había que llegar justo a las nueve; un retraso de más de quince minutos ocasionaba amables pero firmes quejas. Se pasaba al espacio del departamento de Male organizado como sala, casi un pasillo con vista al jardín, porque el grueso de la habitación estaba ocupado por enormes muebles de comedor, un poco desproporcionados para aquella estancia

La conversación duraba unos quince minutos, regada de café que Male servía en diminutas tazas con forma de capullo de hojas. Nunca o casi nunca se hablaba de literatura; la sustancia de los diálogos eran los chismes de Buenos Aires, Nueva York, Roma y las cartas que ambos recibíamos de amigos comunes. Con frecuencia, Manuel se quejaba de algún maltrato del que había sido objeto o de una conjura montada contra él. Habitualmente sus reclamos eran legítimos aunque desproporcionados; algunas veces, fruto de su delirio persecutorio.

Después, se pasaba al cuarto de los televisores. Había tres o cuatro, con sus correspondientes vídeos, que cubrían un amplio espectro de sistemas –en la época no los había multinorma– ya que Manuel recibía material de Roma, París, México, Buenos Aires. En ese lugar se veía, en silencio, el filme seleccionado que podía ser uno de sus *estrenos* –cinta recién llegada a través de algún corresponsal–, la concesión graciosa a algún pedido del invitado o, simplemente, la centésima vez de una de sus preferidas: Garbo, *of course*; Rita, *of course*; Fred Astaire y Ginger Rogers, *of course*. Si la copia era sin subtítular y el idioma original inglés o alemán, Manuel hacía traducción simultánea para Male, que se arreglaba bien con las habladas en francés e italiano.

Terminada la película, sobrevenían los comentarios que duraban unos diez minutos, durante los que degustábamos algún licor preparado por Male o whisky, traído por Manuel de su último viaje. A eso de las doce y media, como cenicientas trasnochadas, los invitados partíamos escrupulosamente. Nuestra despedida, de Manuel y mía, solía prolongarse en la puerta, único lugar donde podíamos hablar sin la presencia de Male; era el momento de alguna confidencia o de un fuerte insulto dirigido a un tercero ausente.

De esas sesiones participaba un reducido grupo de amigos, pero siempre por separado. Manuel nunca nos mezclaba ni hacía comentarios sobre quién había estado la noche anterior. Como dijo Nérida Piñón, en el homenaje que organicé al mes de la muerte de Manuel¹, «sus amigos formábamos una logia secreta de la que sólo él sabía la identidad de los integrantes». Posiblemente deseaba disfrutar de cada uno con total exclusividad, por lo menos el tiempo que nos dedicaba y le dedicábamos.

Sociales, laborales y amorosas

Tal vez por eso no aceptaba invitaciones, ni siquiera de los mismos que él recibía. Sólo lo vi transgredir esta norma en dos oportunidades; la primera para venir a mi casa a una cena de bienvenida a Jorge Gallardo, que acababa de acreditarse como corresponsal de *La Nación* en Brasil. La segunda, para ir a la de Bela Josef, a una comida en honor de un grupo de escritores argentinos, entre los que estaba César Aira, a quien no conocía personalmente, pero sí su obra en detalle. En ambas ocasiones fue discretamente sociable, pero estuvo muy lejos de la situación de estrellato que un escritor de su posición podría haber demandado.

Si bien rehuía esos compromisos, adoraba hablar por teléfono. Silvia y Alfredo Oroz² me contaron que con ellos conversaba durante horas, en forma separada, porque sabía perfectamente cuándo encontrarlos solos. A mí me llamaba por lo menos tres veces por semana; imagino ahora que graduaba la frecuencia para no entorpecer mi trabajo, porque con el suyo era absolutamente sistemático.

Dedicaba la mañana a la correspondencia, las negociaciones, contratos y traducciones. Siempre se ocupó personalmente de la parte comercial de su profesión, porque desconfiaba de los representantes —alguna vez me recordó que había tenido problemas con Carmen Balcells. Cerca del mediodía nadaba en el mar —después, en la piscina del Hotel Sheraton— e iba a almorzar con Male en el departamento de ésta; ambos, el de Manuel y el de su madre estaban en la rua Aperana, en el Alto Leblon, a unos cien

¹ Homenaje a Manuel Puig; realizado en el Consulado Argentino en Río, agosto 1990. Reproducido sintéticamente en *América Hispánica*, año III. Río julio/diciembre de 1990.

² Alfredo Oroz era un escenógrafo y vestuarista argentino, de mucho prestigio en Brasil. Había participado en algunos filmes de repercusión internacional. Murió tres o cuatro años después que Manuel. Su mujer, Silvia, que aún vive en Río, es una reconocida ensayista de cine, siendo su especialidad el melodrama latinoamericano, gusto que compartía con Manuel.

metros de distancia el uno del otro. Dormía una hora de siesta y dedicaba la tarde a la tarea creativa, hasta la cena y posterior sesión de vídeo.

Esta rutina no se perturbaba ni por las relaciones amorosas; a ellas les dedicaba dos tardes. La del viernes, hasta muy poco antes de su partida a México, pertenecía a un hombre casado y con familia tradicional, que Manuel consideraba su vínculo estable. Él respetaría siempre el secreto de su nombre, por lo menos conmigo, pero me contó que lo conocía desde antes de radicarse en Río. Posiblemente haya sido una razón determinante para que estableciese allí su residencia permanente como, sin duda, el fin de esa relación debilitaría los lazos que lo amarraban a esa ciudad. No sé por qué terminaron, pero sí que ello no causó gran dolor a Manuel; tal vez sólo un poco de nostalgia.

En cambio, los martes por la tarde pertenecían a su libertad. Invitaba, ese día, a los jóvenes que conocía circunstancialmente, especialmente en la playa. Le gustaban los chicos de clase baja, bonitos pero rústicos, que le permitieran una suerte de paternalismo aunque, curiosamente, las demandas de cariño o de dinero lo irritaban mucho y motivaban rápidas rupturas.

En esa planificación tan estructurada, encontraba tiempo para estar bastante al tanto de lo que se publicaba en la Argentina. Si bien mantenía una relación ambivalente con sus compatriotas –no con el país–, era absolutamente consciente de su pertenencia al sistema literario argentino –tal como quedará ejemplificado más adelante– aunque no percibiese con toda claridad la dimensión de la influencia de su propia obra sobre aquél.

De fobias y huidas

A fines de julio de 1989, la decisión de Manuel de mudarse a México ya estaba tomada. Desde hacía unos meses, la posibilidad de una nueva migración frecuentaba nuestras conversaciones. Las motivaciones confesadas fueron resumidas por Manuel de la siguiente manera: lo maravilloso de esta ciudad era la playa y la naturalidad con que se hacía el amor. Ahora las aguas están contaminadas y, con el asunto del sida, de coger ni hablemos.

Lo cierto es que había tenido que cambiar la playa de Leblon por la piscina del Sheraton, a causa de unos golondrinos rebeldes que le salieron en las axilas, por el alto nivel de coli de las aguas en que le gustaba nadar. Los forúnculos eran tan empecinados, que temió que se tratara de un síntoma de sida. A pesar de que el dermatólogo descartó esa posibilidad, él iba a insistir en hacerse el test. Tuvo diez días de pánico hasta que llegó el resul-